

Solo á su estancia se fué á comer. .
Un pez sirvieron sobre la mesa.
Se vió al monarca palidecer,

porque al partirlo, en él se halló
el áureo anillo que á la Princesa
al desposarse le regaló.

BALADAS.

PARA ALFREDO GÓMEZ JAIME

I

Hilábamos aquel día
á la sombra de los tilos;
giraba el huso en silencio
cuando pasó el peregrino.

—¡Oh, jóvenes hilanderas
—con trémula voz nos dijo—
de la ciudad del ensueño
es este, acaso, el camino?

Al escuchar sus palabras
de rubor enrojecimos,
y de nuestras manos trémulas
cayóse el huso y el lino.

Le indicamos el sendero,
y se perdió el peregrino...

—Hermana, ¿por qué suspiras
suspirando nos dijimos...
Y proseguimos hilando
á la sombra de los tilos

II

En la quietud de la noche
su mano llamó á mi puerta...
La lámpara se ha apagado..
¡Espérate que la encienda!

En el nocturno silencio
volvió á llamar con más fuerza .
¡Cuando acabe de vestirme
bajaré á abrirte la puertal

La vieja llave de oro
deseché con mano trémula...
El viento apagó la lámpara;
y exclamé tímida:—Entra.

Y temerosa, apoyada
en el dintel de la puerta.
sentí el eco de sus pasos
apagarse en las tinieblas.

III

—Hermana, junto á la fuente
se acercó á pedirnos agua,
¡La sed que sació su boca
ha quedado en nuestras almas!

Su mano tocó este barro,
su labio besó este ánfora,
y desde entonces parece
que al caer en ella el agua

alguna cosa despierta...
y que es su voz quien nos habla...

—Hermana, tus manos tímidas
desataron las sandalias,
y enjugaron tus cabellos
las heridas de sus plantas...

Por eso, si me acaricias,
mi faz se pone tan pálida,
que se me escapa la sangre,
y se cierran mis pestañas.

Dejó en tus rubios cabellos
un perfume que embriaga
mi corazón de ternura
y de cariño mi alma...

—Hermana, entre aquellos álamos
que á la luna son de plata,
vimos borrarse su sombra...

·Y desde entonces, hermana,
venimos junto á la fuente,
á henchir de amargura el ánfora
donde él apoyó sus labios,
con la hiel de nuestras lágrimas.

IV

—Vísteme, vísteme, hermana,
con su traje y con sus joyas:
coróname de azahares,
ponme su anillo de bodas,

que quiero, si á verme llega
antes que baje á la fosa,
que muerta y todo, me encuentre
vestida en traje de novia.

De la madera de tálamo
que hagan el féretro ahora,
y adórnalo con las sábanas
que bordé para mis bodas.

Y si él se muere de pena
al verme muerta, coloca
su cuerpo al lado del mío
bajo una carga de rosas.

Y si no viene, que sepa
que en el fondo de la fosa,
como en un lecho, le espero
vestida en traje de novia.

V

La clara luz de la lámpara
alumbra tu rostro pálido,
mientras el huso de plata
gira rápido en tus manos,
con el lino del ensueño
tu velo nupcial hilando.

La lámpara arde... Parece
que quiere decirte algo...

«No cierres á la esperanza
tu balcón. Vendrá el amado
una noche, vacilante
como un ebrio, sujetando
los latidos impacientes
de su pecho, con las manos».

La última perla de ensueño
en la clepsydra ha temblado...
Se estremecen las cortinas...
La lámpara está esperando
que su luz trémula apaguen
unos temblorosos labios.

VI

—¿A dónde vas peregrino,
silencioso y empolvado,
las barbas enmarañadas,
rotos el sayal y el báculo,
con los cabellos al viento
sobre los hombros flotando?

—El viento arrasó mi casa.
Sal sembraron en mis campos

¡He visto á cuantos amaba
morir de amor en mis brazos!

—¿Qué buscas, qué esperas?

—Nada.

—¿A dónde vas?

—Al acaso,
como las hojas que el viento
arremolina á mi paso.

—Detente por Dios, viajero!
Hay un lecho en mi palacio
donde jamás el Amor
al pudor ha desnudado.

Vente, y dejaré mi vida
como un perfume en tus labios!—

Y alejose el peregrino
silencioso y empolvado,
con los cabellos al viento
sobre los hombros flotando,

— 84 —

las barbas enmarañadas,
rotos el sayal y el báculo.

Llorando quedó la virgen,
y él también se fué llorando.

— 85 —

VII

Llamaron quedo, muy quedo
á las puertas de la casa.

—¿Será algún sueño—le dije—
que viene á alegrar tu alma?

—¡Quizás! contestó riendo...
Su risa y su voz soñaban.

Volvieron á llamar quedo
á las puertas de la casa...

—Será el amor?—gritó, pálido,
lentos los ojos de lágrimas...

—Acaso—dijo mirándome...
Su voz de pasión temblaba...

Llamaron quedo, muy quedo
á las puertas de la casa.

—¿Será la Muerte?—le dije..
Ella no me dijo nada...

Y se quedó inmóvil, rígida,
sobre la blanca almohada,
las manos como la cera
y las mejillas muy pálidas.

VOCES PERDIDAS

PARA LUIS LÓPEZ BALLESTEROS

I

EL MADRIGAL DE LAS VIOLETAS.

Entre la grama de la orilla abiertas,
viendo las aguas resbalar tranquilas,
nos recuerdan á veces las pupilas
y las ojeras de las novias muertas.

¡Oh, mi primer amor!... Melancolías
futuras que tus ojos me auguraron...
¡Cogiendo una violeta se encontraron
tus manos temblorosas con las mias!

¿No te evoca, poeta, su fragancia,
á primera novia de tu infancia,
cuyas cartas conservas bajo llaves

con el primer soneto en tus gavetas,
y de la que ahora sólo sabes
que eran sus ojos como dos violetas?

II

DEL LIBRO DEL DOLOR.

La sed que la fiebre aviva
en la llanura desierta:
¡postración del alma muerta
dentro de la carne viva!

Y un afán, sólo un afán
de paz y renunciamiento...
—¡Canciones que trajo el viento
y que en el viento se van!

—¿Y los brazos enlazados
al cuello, en la despedida?
—¡Pobres brazos de la vida
bajo la tierra olvidados!

Siempre lo desconocido,
la sombra que te acompaña,
y el filo de una guadaña
sobre el cuello suspendido.

Y la inquietud de morir
y el espanto de nacer...
¡De nuevo volver á ser
para volver á sufrirl!

III

LA HORA ROMÁNTICA.

La sombra de Don Juan, con paso lento
se proyecta en la calle retorcida,
espada al cinto, capa desceñida,
y la ancha pluma del chambergo al viento.

Tras las espesas rejas del convento
Inés aguarda trémula. La vida
se escapa por sus venas á medida
que se aproxima el paso somnoliento.

Brilla llena de luz una ventana...
Rezan las monjas... Y doblar se siente
al agitarla el viento, una campana.

— ¿Por quién son, Doña Inés, esos clamores?
Y ella, responde silenciosamente:
— ¡Una novicia que murió de amores!

IV

EN LA VITELA UE UN ABANICO

La lluvia, con sesgadas
líneas grises, esfuma
los campos silenciosos.

Las ramas deshojadas
agitan en la bruma
sus brazos temblorosos.

Ni un gorgéo ni un eco turban la adusta calma
del paisaje sin flores...

La humedad del crepúsculo se nos mete en el alma...
Se borran en las nieblas las vidas sin amores.

Errantes peregrinos,
los húmedos cabellos á los vientos flotantes,
contemplan taciturnos sus pálidos semblantes
temblar sobre las charcas de los largos caminos.

Por los parduscos muros se desliza la lluvia
con lentitud de lágrimas, y tras la vidriera
se inclina melancólica una cabeza rubia:
el rostro todo ojos y los ojos ojerás.

Y escondida en el césped, sobre el húmedo suelo,
yace una blanca y lívida cabeza ensangrentada:
de sus ojos vidriosos en la débil mirada
se refleja la obscura pesadumbre del cielo.

La clara voz del Angelus esparce una dulzura
de paz sobre el paisaje. Hay temblor, hay ternura

de verdes hojas bajo los apagados grises
que manchan los movibles lienzos del aguacero...

Tales son ¡oh, mi amada otoñal, los países
que copiar en las sedas de tu abanico quiero!

V

EN EL YERMO.

Ni con rezos ni ayunos conseguía
borrar de su memoria el penitente
aquella blanca estatua sonriente
que aun en sueños los brazos le tendía.

El cilicio su carne enrojecía,
dobló hasta el polvo la abatida frente,
y cual herida y lúbrica serpiente
su cuerpo en espiral se retorció.

Se alzó, presa de impúdicos ardores...
Un grito de pasión ciega y rabiosa
despertó á los chacales del desierto;

y á la luz de la luna, unos pastores
en los marmoreos brazos de la Diosa
al santo cenobita hallaron muerto.

RIMAS DEL AMOR Y DE LA SOLEDAD

PARA JULIO FLÓREZ